

Lc 6,17.20-26

Bienaventurados los pobres

Por escaso que sea el conocimiento del Evangelio que alguien tenga y por poco que sepa sobre la enseñanza de Jesús, no puede dejar de saber al menos que un punto fundamental de su doctrina son las "bienaventuranzas". Se puede decir que en esa página de las bienaventuranzas cristaliza la esencia de la enseñanza de Jesús con toda su novedad y su fuerza. Nadie que lea esta página puede dejar de sentir su impacto.

"Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien... por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo".

Y para que no haya duda alguna de lo que estas cuatro afirmaciones quieren decir, en el Evangelio de Lucas van seguidas de las cuatro maldiciones antitéticas: "¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas".

Si en el tiempo de Jesús esta enseñanza ya tenía toda su fuerza paradójica, ¿qué decir hoy día en que estamos sumidos y agobiados por el consumismo y en que la felicidad de una persona se mide por su poder adquisitivo! Hoy día todo parece decir: "Dichosos los que pueden comprar muchos bienes y gozar mucho de las delicias que ofrece este mundo". Toda la publicidad nos quiere convencer de que en eso consiste la felicidad. Jesús, en cambio, advierte: "¡Ay de ellos!, porque ya han recibido su consuelo". No se nos dice qué les espera después, pero su destino será tal, que hay que compadecerse de ellos, a pesar de sus goces actuales: "¡Ay de ellos!".

En las dos bienaventuranzas y maldiciones siguientes es claro el contraste entre el "ahora" y el futuro. Se puede decir que ellas son una explicitación de la primera: "Los que ahora tienen hambre, serán saciados; los que ahora están satisfechos, tendrán hambre. Los que ahora lloran, reirán. los que ahora ríen, llorarán". Nos preguntamos:

¿Cuándo ocurrirá esta inversión de la situación? La respuesta la encontramos en la última bienaventuranza: "Grande será vuestra recompensa en el cielo". La situación futura tendrá lugar después de la muerte y será eterna.

Esta enseñanza es formulada aquí por medio de proposiciones universales; pero Jesús también la expuso de manera más viva y dramática por medio de una parábola: la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31). El rico, que vestía de púrpura y lino y celebraba todos los días espléndidos banquetes, murió y fue a dar a un lugar de tormentos. Lázaro, el pobre, que comía las migas que caían de la mesa del rico, también murió -porque en esto todos los hombres somos iguales-, pero él "fue llevado por los ángeles al seno de Abraham". Cuando el rico, en medio de los tormentos suplicó a Abraham que mandara a Lázaro tan sólo a mojar su lengua, la respuesta de Abraham fue esta: "Hijo, recuerda que ya recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora pues, él es aquí consolado y tú atormentado" (Lc 16,25). En este caso el punto de vista es el del desenlace final después de la muerte y el adverbio "ahora" se refiere al destino eterno.

Hay que enfrentar un problema y deshacer una crítica que muchos en la historia superficialmente han hecho al cristianismo. Se le acusa de que con esta doctrina los cristianos se evaden de la realidad histórica actual y, enajenados, piensan en el cielo. Por eso se ha llegado a llamar a la doctrina cristiana "el opio del pueblo". Alguno se preguntará: ¿En qué quedan todos los esfuerzos por superar la pobreza si Cristo enseña: "bienaventurados los pobres"?

En realidad, el cristianismo es la única religión que no se evade de la historia, porque su Dios, siendo eterno e inmutable, entró en la historia y se hizo hombre, dando a la dignidad del hombre toda su grandeza. Y para responder a la segunda pregunta, debemos reconocer que no hay un camino más seguro para superar la pobreza que, precisamente, amar la pobreza. Este es el único camino eficaz. Si todos, escuchando la enseñanza de Cristo, amáramos la pobreza, entonces habría suficientes bienes para que todos los hombres pudieran conducir una vida digna. El que entendió esto más profundamente fue San Francisco de Asís, que en su testamento breve escribía: "Que los hermanos se amen siempre entre sí como yo los he amado y los amo; que siempre amen y observen nuestra Señora la santa Pobreza y que sean siempre fieles súbditos de los prelados de la santa Madre Iglesia" (a. 1226).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción